

# —— **CONFLICTO Y REGIÓN**

# **Las nuevas guerras y el conflicto armado en Colombia\***

Por Teofilo Vásquez\*\*

\* Artículo recibido en octubre de 2007.

Artículo aprobado en diciembre 2007.

\*\* Investigador del Cinep.

## Introducción

En este artículo pretendemos discutir la manera como se analiza el hecho de la guerra actualmente y las interpretaciones que de la misma han realizado los teóricos sociales. Nos vamos concentrar en los enfoques de las *nuevas guerras*, los *mercados de violencia* y los *estados fallidos*, que, cuando concurren, hacen surgir, entonces los denominados *señores de la guerra*. También intentamos realizar consideraciones sobre las relaciones entre economía, política y violencia a propósito del conflicto colombiano y los conceptos ya mencionados.

En primer lugar se presentan las características de las *nuevas guerras* a partir de los argumentos desarrollados por Kaldor (2001) y Munkler (2005), y luego se realiza la presentación de la interacción entre estas guerras y las dinámicas económicas que desatan y que a su vez las reproducen, fenómeno conceptualizado como los *mercados violencia* (Kalulambi, 2003).

En segundo lugar se discuten las dificultades y fortalezas explicativas de estas conceptualizaciones en relación con los aspectos generales y singulares del caso colombiano en los siguientes temas: las relaciones entre la guerra y el estado; las interacciones entre los ámbitos económico y político en el conflicto armado; el proceso de involucramiento masivo de niños y jóvenes

como combatientes, es decir, jóvenes y guerra; la relación entre la población civil y los cambios que se han operado en los medios y formas para llevar a cabo la guerra; y finalmente se enfatiza en la necesidad tener en cuenta los aspectos históricos –y no solo los presentes–, en los que se concentran las nuevas guerras, para explicar el conflicto armado de Colombia.

## **Las nuevas guerras**

El paradigma denominado las *nuevas guerras* tiene varios aspectos que queremos realzar. Se trata, según Kaldor, de que durante los años 80 y 90 del siglo XX, se desarrolló un nuevo tipo de violencia organizada, propio de la era de la globalización y que se diferencia de las guerras anteriores debido al desdibujamiento de la distinción “entre guerra, (normalmente definida como la violencia por motivos políticos entre estados o grupos políticos organizados); el crimen organizado (la violencia por motivos particulares, en general por el beneficio económico, ejercida por grupos organizados privados); y las violaciones a gran escala de los derechos humanos (la violencia contra personas individuales ejercida por estados o grupos organizados políticamente)” (Kaldor, 2001, 16). Se advierte que si bien la privatización e informalización son elementos importantes en las *nuevas guerras* “en la práctica la distinción entre lo privado y lo público, lo estatal y lo no estatal, lo informal y lo formal, lo que se hace por motivos económicos o políticos, no es fácil de establecer” (ibíd.); aun más: se indica que “estas distinciones típicas de la modernidad se están desvaneciendo” (ibíd., 138).

En una dirección similar a la de Kaldor, Münkler plantea que las peculiaridades de las *nuevas guerras* imponen la necesidad del análisis de tres procesos: en primer lugar, la desestatalización o privatización de la violencia bélica; en segundo lugar, la asimetría de la violencia bélica, o sea, el hecho de que por regla general no luchan entre sí contendientes comparables; y, en tercer lugar, una paulatina independización o autonomización del carácter militar, que significa que los ejércitos regulares han perdido control sobre el acontecer

bélico, control que en gran parte ha caído a manos de actores de violencia que no son homólogos entre sí (Münkler, 2005, 4-5).

En cuanto la desestatalización, es importante tener en cuenta que Münkler anota que en muchos casos el hecho de asumir atributos de estatalidad por parte de los *señores de la guerra* no implica el penoso esfuerzo de construcción estatal por parte de ellos, sino simple y únicamente hacerse con el botín y alcanzar las ventajas económicas de las que se desprende el reconocimiento internacional. En decir, reclamar los atributos propios del estado sin asumir el esfuerzo de construirlo. Son sin duda los *señores de la guerra*, los caudillos locales y los empresarios bélicos los que de mayor forma se benefician de la desestatalización de la guerra (ibíd., 23).

Podemos resumir de la siguiente manera los aspectos más importantes que Münkler establece sobre el paradigma de las denominadas *nuevas guerras*. En un primer momento se produce un proceso de privatización y comercialización, es decir, que en el acontecer bélico se introducen actores que muestran más motivos económicos que políticos; en segundo lugar, otra característica es la asimetría, es decir, el choque de estrategias militares y racionalidades políticas dispares que, pese a todos los esfuerzos de los desarrollos del derecho internacional, escapan a toda regulación (ibíd., 41).

Tal como lo anotarán Gutiérrez y Sánchez, en el prólogo al reciente libro del Iepri (2006), la búsqueda de un concepto o de un nombre a “nuestra guerra sin nombre” no es particular del caso colombiano; las denominadas *nuevas guerras* parecen tener tanto de guerras civiles como de pequeñas guerras y guerras salvajes. En este caso Münkler anota que el concepto de guerra civil, precisamente inscrito en una larga tradición de la teoría política, impide ver dos características básicas de las guerras en los nuevos decenios: su vinculación al proceso de globalización económica y la formación de tal constelación de intereses políticos y económicos, cuyos mutuos cruces provocan, no tanto la acción alrededor de la terminación de la guerra, sino precisamente su continuación interminable (Münkler, 2005, 31).

Lo que permite establecer una diferencia meridiana entre las guerras civiles clásicas y las denominadas *nuevas guerras* es la importancia del ciudadano y su concepto en la definición de la guerra civil: no se trata ya de una movilización colectiva alrededor de la imposición de intereses políticos e ideas, sino de la guerra como un medio para apuntalar intereses económicos y modelos económicos de carácter legal e ilegal. Otro de los conceptos que es necesario revisar es el de las pequeñas guerras o guerras de baja intensidad, que distan mucho de poder aplicarse a las denominadas *nuevas guerras*, ya que en muchos casos el método dilecto de las pequeñas guerras, guerra de guerrillas, a medida que se desarrolla termina por convertirse en un ejército emulador de su contrario, es decir, que todavía sigue ocupando el primer plano la asimetría, antes que la privatización o la comercialización (ibíd., 32).

Una tercera definición podría ser la de las *guerras salvajes* como una forma de denominar el cúmulo de matanzas y el empleo sistemático del terror como forma de guerrear; sin embargo, el excesivo acento en el “gusto” por la violencia y la embriaguez por la sangre pueden hacer perder de vista los recursos ideológicos y las economías de la guerra que se desatan en los conflictos armados contemporáneos (ibíd., 32-33).

De otro lado, se insiste en que uno de los rasgos distintivos es la erosión del monopolio de la violencia legítima como parte de la crisis del estado-nación en el actual proceso de globalización, ya que en contravía de periodos pasados, en los que la guerra hacía parte de la construcción y consolidación de los estados nacionales, ahora las nuevas confrontaciones armadas que surgen implican la acelerada erosión de los estados modernos y como consecuencia se produce la privatización cada vez mayor de la violencia (Kaldor, 2001, 19-20 y 121-127). Lo cual ha implicado la proliferación de toda suerte de grupos armados, inéditos en cuanto a sus objetivos, formas de organización y medios de ejercer la violencia y la actividad militar.

Sin embargo, insistimos que estamos lejos de zanjar la discusión sobre la relación entre el estado y las guerras en diferentes etapas de la historia, ya

que existen dos versiones: una pesimista, según la cual las guerras actuales conducen a *los estados fallidos* (Kaldor, 2001, 121 y Munkler, 2005), uno de cuyos rasgos distintivos es que “forman parte de un proceso que es, más o menos, el inverso a los procesos por los que evolucionaron los estados modernos” (Kaldor, 2001, 20); y otra optimista, de estirpe weberiana (Munkler, 75), según la cual las guerras son una vía para la formación de los estados modernos. También se plantea que las denominadas *nuevas guerras* pueden describirse como un retorno que va más allá, o, mejor, va detrás, de los comienzos de la estatalización de la guerra tal como se produjo en Europa a principios de la edad moderna (ibíd., 3). En este mismo aspecto el autor vuelve y coloca la mirada sobre el viejo problema de la relación entre monopolio legítimo de la fuerza y violencia e indica que estas *nuevas guerras* pueden ser vistas como aquellas en que: “El Estado ya no es lo que entonces todavía no era: el monopolizador de la guerra” (ibíd., 3).

Matizado el paradigma o la hipótesis del *estado fallido*, Munkler se pregunta si acaso las *nuevas guerras*, más que expresión de la desintegración de los estados, podrían ser un caso de formación de los mismos (ibíd., 11). Sin embargo, anota que “la diferencia decisiva entre *las guerras de formación de Estados* en Europa y Norteamérica (...) y *las guerras de desintegración de Estados*<sup>1</sup> que tienen lugar en el tercer mundo y en la periferia del primer y el segundo mundos, consiste en que las primeras discurrieron en condiciones casi clínicas, es decir, sin mayores influencias externas, algo que precisamente no ocurre con las últimas” (ibíd., 11). Es decir, que en el colapso relativo o *estado fallido* que se produce en desarrollo de las denominadas *nuevas guerras*, no solamente ha tenido un papel importante el hecho de que sean sociedades insuficientemente integradas en el ámbito social y cultural, sino que este fracaso se ha producido también en buena medida como resultado de la globalización económica, que despliega sus efectos destructivos allí donde no encuentra una formación estatal robusta (ibíd., 11).

---

<sup>1</sup> Conservamos la cursivas que aparecen en la cita textual

También se insiste en que las guerras actuales han implicado importantes cambios en cuanto a las lógicas militares, políticas y sociales, los repertorios de acción y las relaciones de los grupos armados con la población y las comunidades, es decir, en sus objetivos, sus métodos de lucha y sus mecanismos de financiación (Kaldor, 2001, 21).

Estas *nuevas guerras* tienen tres factores principales que las hacen distinguibles de las confrontaciones bélicas que las antecedieron en la historia. Uno de ellos es el predominio de las armas ligeras; otro es la utilización de combatientes casi sin formación alguna, y un tercer rasgo es la financiación mediante el robo y el comercio con mercancías ilegales (Münkler, 2005, 100). Este último aspecto ha sido objeto de discusión, pues no parece que sea un rasgo esencialmente distintivo de las denominadas *nuevas guerras*, ya que de robo y pillaje y de medios económicos ni siquiera las Cruzadas estuvieron exentas.

En cuanto a los objetivos, ya no se trata tanto de luchas ideológicas y políticas sino de luchas y disputas por el control de los recursos y de la población a través de identidades culturales, religiosas o étnicas, en lo que Kaldor denomina la política de las identidades en contraste con la política de las ideas (Kaldor, 2001, 21- 22 y 102-114).

Eso ha implicado cambios en el ámbito bélico y militar que se relacionan con las nuevas estrategias bélicas y las formas de violencia que incorporan tanto elementos de la lucha guerrillera como elementos de la lucha contrarrevolucionaria o contrainsurgente (ibíd., 22-23 y 128-129). Mientras el énfasis anterior era puesto en el control del territorio y tenía como requisito previo “ganar” el apoyo de la población políticamente, en lugar de ganar zonas y arrebatárselas a las fuerzas enemigas, ahora el énfasis se concentra en mecanismos de desestabilización mediante el terror y el miedo generalizados, dirigidos contra la población civil más que a los enfrentamientos militares y directos entre los grupos armados en contienda (ibíd., 127-132): “Por eso, el objetivo estratégico de estas guerras es expulsar a la población mediante diversos mecanismos como las matanzas masivas, los reasentamientos forzosos

y una serie de técnicas políticas, psicológicas y económicas de intimidación” (ibíd., 23). Se insiste en que una de las diferencias básicas entre las guerras interestatales, las guerras civiles modernas y las denominadas *nuevas guerras* contemporáneas es la sustitución del campo de batalla entre contendientes por la matanza (Münkler, 2005, 109). No obstante, Münkler anota que este traslado no es resultado de la decadencia de la disciplina y de las jerarquías entre los ejércitos contendientes, sino que se trata de un mecanismo de terror planificado y previamente calculado (ibíd., 109).

### **Economías de guerra: ¿más economía y menos política?**

Las *nuevas guerras* tienen también la característica de desarrollar lo que se denomina *economías de guerra* en las cuales “la lógica de la guerra se incorpora a la marcha de la economía” (Kaldor, 2001, 24). Se caracterizan, a corto plazo, por el robo y el saqueo; a medio plazo, por diversas formas de trabajo en condiciones de esclavitud; y a largo plazo, por el surgimiento de economías sumergidas en las que se establece una relación inseparable entre el intercambio y la violencia (Münkler 2005, 19). Es decir, ocurre que “cuando las zonas abiertas a la violencia y la economía de mercado coinciden, es posible que exista una correlación positiva entre ellas; por ejemplo, los intereses del mercado se hacen realidad cada vez más en zonas abiertas de violencia. Así, el sistema autoestabilizador del mercado de violencia se genera” (Elwert, 2003, 18). Cabe insistir en que en las guerras contemporáneas la economía de la guerra se desarrolla precisamente de acuerdo con el principio de *bellum se ipse alet* (la guerra se alimenta de sí misma). Aún más: cuando la confrontación se amplía en el tiempo la actividad bélica termina por convertirse en parte constitutiva de la vida económica (Münkler, 2005, 59). Y todavía algo: se insiste en que existe una fuerte correlación entre prolongación de la guerra, economía y violencia, ya que, cuanto más se prolonga la guerra tanto mayor ímpetu cobra la economía de la violencia, y así mismo las motivaciones originales se transforman en recursos de una guerra que ha adquirido autonomía propia (ibíd., 122). Entonces ocurre que “en muchos casos, la continuación del la

violencia sólo se puede explicar en términos de la existencia de los mercados de violencia” (Elwert, 2003, 3).

Así se busca resaltar el carácter económico de *las nuevas guerras*, es decir, sus bases económicas (Münkler, 2005, 1). Sin embargo, como lo anota el mismo autor, “Si en la exposición que sigue prestamos especial atención a la economía de la guerra y de la violencia, no quiere decir en absoluto que pasemos por alto los factores ideológicos” (ibíd., 2). En este mismo sentido, y siempre en torno a los cambios de objetivos que se han verificado en las guerras contemporáneas, otro autor afirma que “los objetivos inmediatos, tales como la gestión de la supervivencia cotidiana y el acaparamiento de recursos económicos, han llegado a alterar los objetivos políticos originales sin, por tanto, hacerlas desaparecer” (Kalulambi, 2003, XV). Más todavía: si bien el control de los recursos se convierte en un objetivo central, “Numerosos ejemplos indican que en todas estas guerras, el control de los recursos está muy estrechamente ligado a la búsqueda de poder, motivada bien sea por la ambición de los ‘señores de la guerra’ o por la demanda del mercado político nacional” (ibíd., 78). Pero, cabe anotar que muchas veces estos factores ideológicos de las denominadas *nuevas guerras* no son más que un ideograma del cual echan mano *los señores de la guerra* como un recurso para la movilización y el apoyo de importantes sectores de la población (Münkler, 2005, 2).

El concepto de *mercados de violencia* no es estrictamente económico o “economicista”, ya que no se trata de las causas económicas de la guerra sino de los mecanismos económicos que permiten que la violencia y la guerra perduren; por eso, el concepto “convoca a la vez las lógicas y las normas, las estrategias de apropiación de bienes, las transacciones políticas y los flujos económicos que operan a los actores amados” (Kalulambi, 2003, 65).

De esta manera la existencia de *mercados de violencia* en concurrencia con la proliferación de *señores de la guerra*, que en muchos casos devienen en confrontaciones crónicas que se extienden en el tiempo, ha llevado a proponer el concepto de “*corps social guerrier* (cuerpo social guerrero) para designar a

los actores, aunque también a los grupos que se constituirían y reproducirían por causa de las guerras, que no pueden vivir ni sobrevivir sino fuera por las operaciones que realizan y los tributos que imponen sobre las poblaciones bajo su control” (ibíd., 63).

Es de anotar que las *nuevas guerras* encuentran condiciones para su inserción en la economía globalizada, ya que sin la rentabilidad de la violencia no habría privatización de la misma; también puede decirse que estas mismas guerras se insertan “cómodamente en el paradigma neoliberal”, en el sentido de que sus actores se esfuerzan por privatizar los beneficios y socializar las pérdidas (Münkler, 2005, 120).

También los procesos de globalización de las economías, tanto legales como ilegales, han permitido el paso de una economía de guerra cerrada, en la que los actores basaban su disputa en una economía agraria de subsistencia, a una economía de guerra abierta, donde los grupos armados se disputan el acceso de los mercados globalizados (Münkler, 2005, 123). Más precisamente, se trata de que “Si las economías básicas de los señores de la guerra se basaban esencialmente en economías agrarias de subsistencia, de las que se extraían los recursos necesarios mediante la generación sistemática de miedo, y recurriendo en caso necesario a la violencia abierta, las economías de guerra abiertas, tal como se ha configurado en los últimos decenios, prosperan a consecuencia de un constante flujo de recursos procedentes del exterior” (Münkler, 2005, 126).

En estrecha relación con el concepto de mercados de violencia, surge el concepto de *empresarios de la guerra*, entendido como aquellos que conducen los conflictos bélicos por su propia cuenta y que consiguen el dinero necesario para ello de diversas maneras (Elwert, 2003, 5). Sin embargo, cabe distinguir varios tipos “Mientras los ‘señores de la guerra’ convencionales tienen que buscar una superioridad militar simultánea al control continuo de recursos explotables, un empresario ideológico como Al-Qaeda necesita la protección de un asociado militar y, de vez en cuando, tiene que recordarle al público su

existencia por medio de acciones espectaculares” (ibíd., 11). O, como lo hace la misma Al-Qaeda, que es una combinación de varias características, ya que tiene rasgos de “una organización formal con una estructura en red y especial con rasgos de un movimiento carismático” (ibíd., 14).

## Jóvenes, violencia y política

Desde una perspectiva histórica es importante tener en cuenta que mientras “las formas clásicas de dominación de los ‘señores de la guerra’ en los siglos XIX y XX se basaban en las estructuras y en las coyunturas de la economía agraria, las nuevas formas han penetrado en las subculturas urbanas de los jóvenes, que constituyen ahora su principal reserva de reclutamiento, y se sirven de productos de la industria cultural, tales como el *rap* y el *reggae*, y de las correspondientes promesas de consumo y bienes que denotan condición social, con el fin de reclutar y motivar a los combatientes” (Münkler, 2005, 24). Sin embargo, Münkler llama la atención sobre la necesidad de distinguir con precisión los dos tipos de *señores de la guerra*, el clásico rural y el moderno urbano, o bien la transición fluida entre uno y otro tipo al albur de las constelaciones políticas y económicas (ibíd., 24).

Es ese escenario los jóvenes se convierten en un sector social de gran protagonismo, ya que son una reserva de reclutamiento permanente porque permiten el abaratamiento del ejército, en tanto que el arrojito típico de la adolescencia facilita neutralizar el poco entrenamiento militar típico de los soldados de las nuevas guerras (ibíd., 102). Pero, como anota Münkler, resultaría incompleto reducir el reclutamiento masivo de los jóvenes, adolescentes y niños en los ejércitos de las *nuevas guerras* solamente al aspecto de la lucha por los escasos recursos materiales que se da en una sociedad paralizada por la guerra (ibíd., 103), ya que también muchos de los dirigentes políticos y militares de estos ejércitos saben y conceden gran importancia a lo que se puede denominar la guerra como un recurso social de reconocimiento (ibíd.,) de los jóvenes y como una forma de neutralizar la exclusión simbólica a la que

son sometidos muchos jóvenes rurales y urbanos. Es decir, “la participación entusiasta de las milicias y de los niños soldados en las guerra constituye una forma de actividad de supervivencia, lo mismo que un acto de resistencia y una estrategia de promoción” (Kalulambi, 2003, 75). En Georgia, por ejemplo, “el mundo subterráneo del crimen, los líderes políticos militantes utilizan eficientemente los rituales de prestigio de hombres jóvenes” (Koehler, citado por Elwert, 2003, 8).

## **Las relaciones entre economía, política y violencia en el caso del conflicto armado colombiano**

Como el paradigma de las *nuevas guerras* ha sido objeto de críticas en relación a su capacidad explicativa para el caso de colombiano (Patiño, 2003; Pécaut, 2004; Gutiérrez, 2006; y Gutiérrez y Sánchez, 2006), pretendemos contribuir a dicha discusión.

En nuestra opinión, al concepto de las *nuevas guerras* le surgen varias interpelaciones en relación con el caso de Colombia.

En prime lugar, la experiencia del país se aleja de la afirmación según la cual, las *nuevas guerras* implican necesariamente el desmoronamiento total del estado o lo que se ha denominado como *estados fallidos*, definido como “aquel en el cual el Gobierno no tiene el control real de su territorio, no está considerado como legítimo por una parte importante de la población, no ofrece seguridad interna o servicios públicos esenciales a sus ciudadanos y no tiene el monopolio del uso de la fuerza” (Foreign Policy, 2006). Al contrario, uno de los retos explicativos del conflicto armado colombiano es la simultaneidad entre conflicto y construcción del estado. Ya que si bien el conflicto de Colombia tiene en común con otras experiencias el hecho de que se hayan borrado las diferencias entre civiles y combatientes, gran parte de la lucha entre los grupos se explica por el objetivo mutuo de tener control sobre la población civil, lo que implica el aumento de población desplazada interna, de las matanzas y genocidios, es

decir, se configura una grave crisis humanitaria, además de que se ha producido una simbiosis entre actores armados y economías ilegales que se expresa en disputas o alianzas por el control de los recursos que ellas proveen. Todo lo anterior no ha implicado la erosión total del estado y las instituciones. Todavía más: “de manera paradójica, Colombia está también caracterizada por una larga historia de estabilidad económica e institucional, que se refleja en una historia electoral casi ininterrumpida, una tradición democrática excepcional en América Latina y unos indicadores macroeconómicos bastante constantes” (González y Otero, 2006, 2).

En segundo lugar, discutimos la afirmación según la cual en las guerras actuales hay más de economía global y menos de política y consideramos que en el caso del conflicto colombiano se trata de hallar un punto intermedio entre las identidades políticas y los intereses económicos de los actores armados. Consideramos que tomar como claves explicativas del conflicto qué tanto éste tiene aún de político y qué tanto tiene ahora de económico, o entre su carácter “político-colectivo” por oposición a su carácter “privado-criminal”, no resulta relevante en la medida en que tales ejercicios pueden conducir “a dicotomías falsas o engañosas, que impiden dar cuenta de la complejidad del caso colombiano” (Gutiérrez y Sánchez, 2006, 14). Sin duda que durante las guerras civiles los grupos armados recurren al crimen organizado como método de financiación, pero de lo anterior no se puede concluir que el conflicto armado constituya una forma de crimen organizado a gran escala (Restrepo, Spagat y Vargas, 2006, 513-514). Al contrario, Gutiérrez y Sánchez afirman que “Contra las corrientes dominantes, esta investigación postula que *el conflicto colombiano es actualmente más económico, más criminal y más político*”<sup>2</sup> (Gutiérrez y Sánchez, 2006, 17). Los dos autores insisten en que es mejor realizar un análisis más sistemático de las interpenetraciones e interacciones entre lo político, lo criminal y lo económico, sin que tal ejercicio implique pasar a la supresión de las diferencias existentes entre esos ámbitos (ibíd.).

---

<sup>2</sup> Conservamos la cursivas que aparecen en la cita textual.

Lo anterior es relevante, por cuanto son diversas las paradojas que la dinámica del conflicto armado colombiano ha venido estableciendo entre economía, política y violencia. Entre ellas destacamos una que toca especialmente a las guerrillas: el fenómeno del secuestro. Éste “constituye el símbolo por excelencia de la paradoja guerrillera, que se reclama portadora de un proyecto emancipador (contra la alienación) y que al mismo tiempo reduce el cuerpo de sus víctimas a una envilecida mercancía capitalista” (Sánchez, 2004, 46). Por el contrario, los paramilitares, no obstante su génesis en la delincuencia común, parecían privilegiar el secuestro por razones políticas y en menor medida por razones financieras (Ramírez, 2005, 141).

Es necesario detenerse y examinar las trayectorias diferenciadas que pueden adquirir las relaciones entre la economía agraria, la política y los actores armados, ya que en muchos casos se trata de una lógica de captadores de rentas a ultranza, acción a la que se añadirían con posterioridad algunos motivos políticos como justificación, como es el caso de los paramilitares (Cubides, 2005, 225). Por el contrario, la ruta de la guerrilla es asimétrica: en un principio se trató de una justificación política que recientemente ha devenido en una lógica de captadores de rentas. Lo que Gutiérrez y Barón anotaran para el fenómeno paramilitar y sus relaciones con el narcotráfico, la criminalidad y el estado, *mutatis mutandis*, cabe para la guerrillas: “las formas complejas en las cuales los paramilitares transformaron al Estado (...) muestran elocuentemente los límites de un análisis basado en la ficción de que hay un muralla china entre política y economía” (Gutiérrez y Barón, 2006, 306).

Igualmente se trata de interpelar la explicación, no pocas veces instrumental y “política”, según la cual el proceso de inserción de los grupos armados en la economía de las drogas les ha permitido, simple y claramente, la obtención de mayores recursos, lo cual, por ende, habría posibilitado el crecimiento numérico de sus ejércitos y la mejora sustancial de su infraestructura militar, ya que, al lado de ese objetivo, también siguen jugando los “deseos” y los “modelos” de sociedad que los grupos armados quieren imponer a la sociedad colombiana en el orden cultural y político. Es así como se debe insistir más en los cambios

de las relaciones entre globalización, seguridad y economías de guerra en escenarios de conflicto armado crónicos, como es el caso de Colombia, que en la discusión sobre en qué proporciones una situación de guerra o conflicto armado con un uso extendido de la economía ilegal con fines de financiación de esta confrontación armada, ha incidido en la erosión y validez de los fines políticos de la lucha armada de guerrilleros y paramilitares (Vargas, 2003, XII). Para el caso de Colombia es necesario abordar de otra manera la dicotomía de lo “político” y lo “no político”<sup>3</sup>; como anota Pécaut, “No se trata de negar la degradación del conflicto. No obstante, la relaciones de poder a través de las cuales se desarrolla apuntan a expresiones de lo político que no caben dentro de la antigua visión del carácter instituyente de político” (Pécaut, 2004, 47).

En cuanto al impacto de la globalización en la transformaciones de la guerras contemporáneas, creemos que no es suficiente la inclusión un tanto mecánica de la globalización y la consideración exclusiva de sus efectos en el conflicto armado de Colombia, dejando de lado otros efectos del tal proceso, ya que éste se convirtió en “un conjunto de factores que afectaban transversalmente múltiples esferas de la sociedad y el orden político” (Gutiérrez y Sánchez, 2006, 14). En relación con el conflicto armado colombiano es necesario tener en cuenta que la globalización, si bien afectó la acción del estado, restándole autonomía, de igual modo ha afectado la lógica interna de los grupos armados que han logrado articularse a redes transnacionales. Sin embargo, lo anterior no ha impedido que en las guerrillas, los paramilitares y las organizaciones de narcotraficantes, simultáneamente a la inserción en la globalización, también se haya verificado el proceso contrario, en la medida en que se “enquistaron en nichos locales que son el núcleo duro de su poder” (ibíd., 15).

En tercer lugar, en las *nuevas guerras* se resalta el fenómeno según el cual, sin abandonar los escenarios rurales, que fueron predominantes en el pasado, surge la importancia de los ámbitos urbanos. Ante lo cual se hace necesario distinguir entre dos tipos de *señores de la guerra*, el clásico rural y el moderno

---

<sup>3</sup> Conservamos las comillas del texto citado.

urbano, o las transiciones fluidas entre uno y otro (Münkler, 2005, 24). Precisamente este tipo intermedio es el que se está produciendo en muchas de las ciudades intermedias y los cascos urbanos pequeños de Colombia, cuya población creció vertiginosamente en la décadas del 80 y 90 al vaivén del proceso de desplazamiento forzado desde las zonas rurales. Es en ese contexto donde los jóvenes se constituyen en una población altamente vulnerable, con gran tendencia a ser reclutada o a alistarse en los ejércitos irregulares a partir de la atracción que ejercen sobre ellos los valores de la sociedad de consumo. Lo anterior explica el éxito relativo que los actores armados han tenido en el masivo reclutamiento de los jóvenes rurales, de los jóvenes urbanos de las ciudades intermedias y de los jóvenes marginados de las grandes ciudades, que no solamente se puede relacionar con el reclutamiento forzado, que tanto reclaman las ONG de manera un tanto simplista. Hay que tener en cuenta, tomando prestadas las palabras de Bauman, que se trata de que “la recolectivización de la violencia al servicio de la autoafirmación neotribal es uno de los resultados de la postmoderna privatización de los problemas de identidad” (Bauman, 2004, 34).

Es decir, que temas como la posmodernidad, la globalización, la autoafirmación y la identidad, son dilemas claros de los jóvenes contemporáneos de los cuales nuestros jóvenes urbanos y rurales no tendrían por qué ser excepción. El autor indica que “mi proposición es que la forma de violencia específicamente posmoderna surge de la privatización de regulación y descentralización de los problemas de la identidad” (ibíd., 36).

En este sentido es importante tener en cuenta que el enrolamiento de los jóvenes en los grupos armados y en las bandas criminales no se agota solamente en el paradigma de las privaciones materiales o de las motivaciones “sacadas” de las relaciones culturales, sean éstas de familia, género, religión, escuela o lazos comunitarios (Sánchez, 2004, 31). Pretendemos ir más allá, en el sentido de que es concomitante con la cultura juvenil replicar papeles y tener referencias que enrutan su comportamiento; lo que pasa es que, después de más de veinte años de una cultura y de una sociedad donde el consumo se

han realizado por medio de lo que genéricamente llamamos narcotráfico, ellos pueden encontrar en la cultura del atajo, la violencia y el azar una forma de entroncarse en los valores de consumo típicos de la cultura juvenil. E incluso, como en el caso de las pandillas de jóvenes de Belgrado durante la guerra, una mixtura del pasado y el presente, ya que “lucían larga barba a la *chetnik*, junto con los atributos usuales de los *gamberos*: *rock* pesado asociándose con las canciones tradicionales de los guerreros serbios” (Landry, 2003, 38).

Muchos de estos aspectos han permitido a los actores armados crecer y tener el número de combatientes que hoy presentan ante el país. Ya no se trata de los jóvenes de los años 60 y 70, imbuidos por los discursos marxistas y altruistas, sino de unas nuevas generaciones que han encontrado en los actores armados ilegales factores de identidad y un medio de superar la distancia entre posición económica y sociedad de consumo, tan cara a la etapa de la adolescencia.

Por lo anterior, creemos que se equivocan quienes dicen que nos hallamos ante un proceso de “despolitización” y “desideologización” de los actores armados, especialmente por parte de la guerrilla. Lo que los investigadores estamos obligados a descifrar es cuál es el concepto de política, exclusión e identidad que tienen los jóvenes rurales y urbanos de los años 90 y de los inicios del siglo XXI, que, sin duda, distan mucho de los discursos densos, intensos, pesados y cargados de ideología de la juventud rebelde de los años 60 y 70.

En cuarto lugar, se discute el predominio de la dimensión militar, violenta y criminal frente a otros ámbitos, tal como se hace en las *nuevas guerras*, ya que las evidencias empíricas indican “que pese a su brutal criminalización, el conflicto colombiano ha sido relativamente acotado” (Gutiérrez y Sánchez, 2006, 25) y la dimensión militar no es homogénea en el tiempo y el espacio en la medida en que “los actores armados sobrepasada cierta escala y cierta duración, tienen que salir de sus dinámicas estrictamente miliare y hacer política” (ibíd.). Con respecto a las *nuevas guerras* se señala que “incómodamente para los discursos sobre la criminalización, no solo la correlación entre homicidios comunes y

violencia letal política ha ido cediendo –altísima al principio, menor después–, sino que en general el conflicto colombiano parece haber ido perdiendo sus características kaldorianas” (Gutiérrez, 2006, 499).

Lo anterior advierte sobre la necesidad de desagregar y regionalizar aún más los análisis cuantitativos que se vienen realizando en Colombia, ya que lo militar, lo político y lo criminal expresan dinámicas, lógicas y tendencias diferenciadas de la violencia, el conflicto y la guerra (González, Bolívar y Vásquez, 2003; Gutiérrez, 2006; Restrepo, Spagat y Vargas, 2006). Con ese objetivo proponemos al menos tres indicadores: el número total y la tasa de homicidios, que expresan las tendencias de la violencia homicida general, pero que no logran diferenciar entre ésta, la violencia política y la derivada de la guerra; las acciones de los grupos armados contra la población civil, que expresan el grado de interacción entre el conflicto armado, la sociedad y las dinámicas regionales y locales; y las acciones bélicas o acciones armadas entre combatientes, que expresarían más claramente los momentos en que predomina una lógica militar y territorial, muy ligada al devenir del conflicto armado en el contexto nacional (González, Bolívar y Vásquez, 2003, 97-99; Vásquez, 2005 y 2006 ). Y además tener cuenta que no es la mayor o menor barbarie el factor que establece la diferencia entre las *viejas* y las *nuevas guerras*, toda vez que tal factor es constante en ambas, sino el proceso de mayor involucramiento de la población civil, no solo como víctima, sino también como parte activa del conflicto (Pécaut, 2004, 28).

Para el caso del conflicto colombiano se trata de enfatizar especialmente en el análisis de las dinámicas geográficas, sociales y económicas de los grupos armados y su relación con los medios que despliegan para alcanzar sus objetivos político-militares (Richani, 2003a y 2003b; Kalivas 2001 y 2004; González, Vásquez y Bolívar, 2003). Al momento de la interacción con la sociedad mayor, las sociedades regionales y las comunidades donde se insertan los actores armados despliegan lógicas y acciones que tienen elementos particulares de orden económico, militar y político y expresan diversos tipos de disputas, unas veces por el territorio, otras por los recursos legales o ilegales, y las más de

las veces por la población (Vásquez, 2006, 356). Tal como anota Münkler, la figura del señor de la guerra resulta de mayor importancia en estas contiendas denominadas las *nuevas guerras*, ya que puede decirse que en él confluyen la lógica empresarial, la política y la militar (Münkler, 2005, 120).

Estas acciones, también obedecen a una lógica relacionada con aspectos geoestratégicos de la guerra, y se realizan teniendo en cuenta la marcha, los ritmos y los diversos momentos y movimientos de las interacciones estratégicas de la guerra en los ámbitos nacional, regional y local (González, Vásquez y Bolívar, 2003, 115-189). Pero también las comunidades y las sociedades locales despliegan formas de acción colectiva diferenciadas y diversas frente a los actores armados, aspecto que no está suficientemente desarrollado en el paradigma de las *nuevas guerras*, ya que los grupos armados, a medida que enfatizan la violencia y lo militar, terminan por producir “niveles intolerables de incertidumbre” (Kalivas, 2001, 21) o pasan por las etapas que encontró Degregori en el Perú, “de la aceptación pragmática a la adaptación en resistencia y la rebeldía abierta” (Degregori, 1999, 152-153). Tanto las interacciones con la sociedad y las comunidades donde se insertan los grupos armados, como las lógicas geográficas que despliegan en su disputa político-militar, tienen como objetivo el poder, pero en el mediano y corto plazo se realizan con la finalidad de controlar el territorio, los recursos y la población (Vásquez, 2006, 355-357). Si embargo, todo no se reduce a estrategia militar y disputas por los recursos y el control de población; en los análisis de los grupos armados también se debe destacar la centralidad de las representaciones, las tradiciones, los valores y el capital simbólico (Gutiérrez y Sánchez, 2006, 21).

Las anteriores afirmaciones implican cambiar de énfasis, como lo anota Kalivas en sus estudios sobre las lógicas y la ontología de las guerras civiles. Se trata de enfatizar más en la interacción existente entre identidades y acciones políticas y privadas y en las interacciones y dinámicas entre el centro y la periferia, en la forma como los actores armados se insertan, expanden, reproducen o potencian las conflictividades previas locales y regionales, que enfatizar en el modelo analítico dominante que intenta describir las guerras civiles como

conflictos exclusivamente binarios, clasificados a partir de una escisión maestra de carácter ideológico, étnico, religioso o de clase (Kalivas, 2004, 51-53).

De ahí la importancia de los estudios regionales y locales sobre el conflicto armado en Colombia, pues ellos tienen su dinámica autónoma y su lógica específica, ya que cada región se puede explicar no solo por su importancia en el ámbito nacional sino también por la dinámica particular que adquiere el conflicto y las interacciones estratégicas de los actores armados. En ese sentido Pécaut anota que uno de los aportes de los análisis hechos a partir del concepto de las *nuevas guerras* consiste en constatar que “estas se desarrollan en espacios fluidos que corresponden ante todo a la evolución territorial de los dominios que ejercen los grupos armados” (Pécaut, 2004, 28-29).

Sin embargo, para el caso de nuestro país en la relación entre las *nuevas guerras* y las dinámicas regionales, se debe tener en cuenta una consideración central. Una cosa son las regiones, donde el conflicto armado, social y político hace parte del proceso estructurante y de construcción de la identidad espacial y del territorio que las diferencia del resto del país (García, 1994 y 2003), como resultado de la violencia de mediados de siglo y los procesos de colonización campesina periférica, impulsada por motivaciones económicas y demográficas, y que desde mediados de los 80 –algunas de ellas– se han vinculado a la economía global ilegal mediante los cultivos y producción de coca y cocaína, como, por ejemplo, el Caguán (Cubides, Mora y Jaramillo, 1989; González, 1992 y 1998; Sinchi, 2000), el bajo y medio Putumayo (Ramírez, 2001; Vargas, 2003; González, Bolívar y Vásquez, 2003), el bajo Cauca (García, 1993) y el Magdalena medio (Archila y otros, 2006), todas las cuales no se pueden explicar completamente en su complejidad a partir de las características de las *nuevas guerras*. Y otra cosa distinta es la reciente inserción simultánea –a partir de 1999 y 2000– de la economía cocalera y de los grupos armados, en desarrollo de su disputa por conseguir recursos financieros y por el control militar y territorial, en el andén pacífico de Nariño (Vargas, 2003), dinámica que sí se puede explicar a partir del marco interpretativo de las denominadas *nuevas guerras*.

En el caso de un conflicto de larga y mediana duración como es el colombiano, no solo es necesario enfatizar el análisis de los grupos armados y sus disputas por el control de los recursos, el territorio y la población, tal como se hace en las *nuevas guerras*; también se deben tener en cuenta las formas locales y regionales que adquieren las transformaciones de las interacciones sociales, políticas y económicas entre los grupos armados y las poblaciones. Y atender, igualmente, cómo los cambios en el estado y la sociedad han interactuado con los cambios de los grupos armados (Gutiérrez y Sánchez, 2006, 13). Con mayor razón cuando este tipo de conceptualizaciones no solamente permite explicar la inserción y permanencia de los grupos armados como un acto de voluntad política y militar de los actores al albur de sus decisiones estratégicas, sino también observar con atención la condiciones de posibilidad en las que se “atan” las interacciones entre pobladores y grupos armados.

De otro lado, en la dirección de los cambios políticos y militares de las guerras contemporáneas se inscribe la reciente discusión sobre el pasado de guerra partisana de las Farc y sus transformaciones actuales, consideradas bajo la denominación de terrorismo. Tal como anota Münkler, la guerra partisana es por principio una forma de asimetrización defensiva que tiene por finalidad luchar contra una potencia ocupante superior, mientras que el terrorismo representa en cambio la forma ofensiva de la asimetrización estratégica del uso de la violencia (Münkler, 2005, 39). En esta misma dirección valdría la pena tener en cuenta la famosa aseveración de Raymond Aron, según la cual “los partisanos, cuando no pierden militarmente, ganan políticamente, mientras que sus enemigos, si no consiguen una victoria militar decisiva, pierden la guerra política y militarmente” (Aron, citado por Münkler, 2005, 39). Es decir, que el factor tiempo y la prolongación de la guerra siguen jugando a favor del grupo irregular y en contra de las fuerzas estatales. En ese sentido, sería importante observar que la actual política de Seguridad Democrática, sus avances y logros no han redundado en la derrota de las Farc a la luz de la anterior lección. A propósito de tal debate, sobre la definición de las Farc como grupo terrorista, es importante tener en cuenta otra diferencia básica que Münkler establece entre terrorismo y guerra partisana: no se trata solamente de su carácter defensivo

u ofensivo, sino de que la guerra partisana provoca la moderación de la guerra mientras el terrorismo produce su aceleración. Habría que “mirar” si, más allá de la simple definición de la actual confrontación colombiana, ésta ha entrado en una etapa de desaceleración o aceleración.

## **Modernidad y nuevas guerras**

Finalmente, el concepto de las *nuevas guerras* se ocupa demasiado de los aspectos sincrónicos del fenómeno de la guerra, e incluso contrapone las guerras modernas a las guerras contemporáneas, tal como lo hacen Münkler (2005) y Kaldor (2001), pero en nuestra opinión descuida los aspectos diacrónicos, que resultan de capital importancia para analizar un fenómeno de mediano plazo como el de la violencia y la guerra en Colombia. Insistir en las características “nuevas” y “viejas” de los conflictos armados como clave explicativa, puede dejar de lado las continuidades que existen en un conflicto de larga duración como el colombiano, o sobreestimar lo que tiene de nuevo (entre tales factores, el impacto de la economía ilegal globalizada del narcotráfico en las dinámicas políticas y militares del conflicto). La estimación que enfatiza en las rupturas y cambios entre las guerras civiles ideológicas del contexto internacional de la Guerra Fría y las nuevas guerras por identidades particulares y recursos de la globalización (Kaldor, 2001, 21), si bien es relevante, para el caso colombiano es necesario matizarla, por cuanto el conflicto colombiano hunde sus raíces en el conflicto bipolar de los años sesenta y setenta, pero también los actores armados han sido capaces de adaptarse a la globalización. Tal como lo anota Gonzalo Sánchez, “No se trata necesariamente de ‘nuevas guerras’, sino de ‘nuevos contextos’ para viejas guerras como la nuestra” (Sánchez, 2003, 121). Esa particularidad de expresar “tiempos” diferentes es señalada por Daniel Pécaut cuando indica que la violencia colombiana se sitúa en tres temporalidades, diferentes y combinadas: uno, la antigua violencia (“temporalidad de la violencia tradicional”); mezcla de “exclusión social y de integración a la modernidad, de segregación y de desaparición de las antiguas barreras sociales por el sesgo del consumo y

la mediatización”; dos, temporalidad de la violencia moderna; y tres, las reorientaciones de la globalización (“temporalidad de la violencia post-moderna”) (Pécaut, 1999, 195).

También cabe destacar que la literatura de las nuevas guerras supone distinciones conceptuales que se “naturalizan”, y, cosa aún más grave, no pocas veces, hace eco de perspectivas normativas según las cuales las *nuevas guerras* representan una deriva del proceso de modernización, tal como lo conoció Occidente.

Por lo anterior, pueden resultar más explicativos los enfoques de Hans Joas, que insisten en que la guerra y la violencia hacen parte de la modernidad y no solo de su prehistoria. Es pertinente recordar la insistencia de este autor en la necesidad de “establecer un hilo conductor que permita poner de relieve el grado de adecuación de la teoría de la modernización para la comprensión de los desarrollos sociales de nuestra época”, del cual obviamente este autor no excluye el fenómeno de la guerra (Joas, 2004, 49). Otro aspecto de este autor que conviene tener en cuenta es su ruptura del binomio analítico orden y violencia, civilización y barbarie, consideradas como etapas diferenciadas del proceso de modernización, ya que esta dualidad supondría “un proceso de modernización en el cual se realiza una transición de la lucha violenta a la resolución pacífica de conflictos” (ibíd., 50). La evidencia empírica de lo que sucede en Colombia muestra lo lejano que está nuestro país de una transición de este tipo.

Comprender la acción política y la acción política violenta en el actual contexto del “desorden”, que ha implicado la acelerada globalización del mundo económico y del mundo político, no implica necesariamente hablar de irracionalidad. Cosa muy distinta es que este tipo de acción política opere en el reino de lo informal, de lo no codificado, de lo desprotegido. O sea, de un mundo que no está ordenado según el modo como normalmente creemos que están nuestras sociedades occidentales (Bauman, 2004). Así lo anota Zygmunt Bauman acerca de las dificultades para entender y analizar el fenómeno de la violencia “Algo debe haber en la violencia que la hace eludir todas las redes

conceptuales, por muy hábilmente tejidas que estén. Y lo hay. Concretamente, nuestra moderna ambivalencia en torno al poder, el empleo de la fuerza y la coerción” (ibíd., 17).

Según este mismo autor, la conciencia moderna presenta una doble cara ante la fuerza, la coerción y la violencia: de un lado, se presenta a sí misma como un proceso civilizador, pero en este caso esconde tanto como revela, ya que el proceso civilizador no es una cuestión de desarraigo sino una redistribución de la violencia (ibíd., 19).

Esta contradicción entre civilización y violencia no solo ha acompañado la historia reciente y contemporánea, sino que a menudo “el camino entre un concepto de civilización que se pretende analítico descriptivo y un concepto normativo y preceptivo es muy corto” (König, citado por Bauman, 2004, 19). Bauman reitera que la insistencia del binomio orden versus violencia no es sino otra de las muchas solapadas contradicciones modernas entre lo controlado y lo fuera de control, lo regular y lo irregular, lo predecible y lo impredecible. Para él, esta actividad ordenadora es tal vez el principal pasatiempo de las instituciones modernas (Bauman, 2004, 20).

Pero tal vez lo que mejor retrata, para el caso colombiano, la indiferenciación entre civilización y barbarie para definir gran parte de las guerras contemporáneas sea la siguiente cita *in extenso* de Barman, que nos acerca en mucho al caso de las Farc en Colombia: “Igualmente seminal es el hecho de que los bárbaros sean vistos como una especie de quinta columna, aguardando en emboscada dentro de la fortaleza del mundo civilizado, esperando que llegue su momento para la venganza por el daño infringido por el proceso civilizador (ibíd., 22).

En los argumentos anteriores es central encontrar un proceso de oposición entre modernización y guerra. Buscamos poner en duda el sueño liberal e ilustrado de una modernidad desprovista de violencia. Tal como anota Hans Joas, es necesario replantear la relación entre modernización, guerra y revolución (Joas, citado por Beriain, 2004, 10). En ese mismo sentido, es

necesario superar “El moralismo imputado en las formas modernas de hacer la guerra, ya que en la medida en que la guerra moderna representa el epítome de la movilización colectiva, podríamos considerar, sociológicamente, a la guerra como un movimiento social poderoso en medio de una causa moral (Tiryakian, citado por Beriain, 2004, 10).

Contemporáneamente, en el mundo “La nueva violencia de las pequeñas guerras intensivas actuales frente a la vieja violencia de las grandes guerras extensivas, muestra que del miedo al otro (el Estado y sus policías), de raíz hobbesiana, hemos pasado al miedo a la nada que se produce ante el fracaso de la promesa incumplida de seguridad que procedía del Estado nacional”. (Beriain, 2004, 11).

Tal vez esta concentración en los aspectos contemporáneos de la guerra, tanto de otras naciones como de la colombiana, no esté permitiendo mirar los problemas de largo plazo, sobre todo porque semejante “error” se relaciona con el hecho de que, precisamente, la concentración en los problemas de corto plazo, sumada a la tendencia de concebir el desarrollo de las sociedades en el largo plazo como un “preludio histórico no estructurado del presente”, bloquea todavía la comprensión de secuencias largas en el desarrollo social, al igual que la de su carácter direccional (Elías, 1998, 113).

En síntesis, las dificultades para buscar una definición conceptualmente precisa y objetivamente comprensiva para *las nuevas guerras* no indican únicamente la deficiencia de la formación de conceptos y teorías, sino que muestran la mezcolanza que se da en la reciente transformación del acontecer bélico, poco claro, que difícilmente puede aprehenderse en conceptos coherentes, y menos en una teoría (Münkler, 2005, 33).

## Bibliografía

Archila, Mauricio y otros, 2006, *Conflictos, poderes e identidades en el Magdalena Medio, 1990-2001*, Bogotá, Cinep/Colciencias.

Bauman, Zygmunt, 2004, “El eterno retorno de la violencia”, en Beriain, Josetxo, editor, *Modernidad y violencia colectiva*; Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Beriain, Josetxo, 2004, “La dialéctica de la modernidad: Metamorfosis de la violencia colectiva moderna y posmoderna”, en Beriain, Josetxo, editor, *Modernidad y violencia colectiva*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Beriain, Josetxo. (2004), “Introducción”, en Beriain, Josetxo, editor, *Modernidad y violencia colectiva*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Cubides, Fernando; Jaramillo, Jaime Eduardo y Mora, Leonidas, 1986, *Colonización, coca y guerrilla*, Bogotá, Editorial Alianza.

Cubides, Fernando, 2005, “Narcotráfico y paramilitarismo: ¿matrimonio indisoluble?” en Rángel, Alfredo, editor, *El Poder paramilitar*, Bogotá, Fundación Seguridad y Democracia/Planeta Colombiana.

Degregori, Carlos Iván, 1999, “Cosechando tempestades: las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso en Ayacucho”, en Stern, Steve, editor, *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/ Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

Elías, Nobert, 1998, *La civilización de los padres*, Bogotá, Norma.

Elwert, Georg, 2003, “Mercados de violencia y política de ayuda e intervención”, en Kalulambi, Martín, editor, *Perspectivas comparadas de mercados de violencia*, Bogotá, Universidad Nacional/Alfaomega.

Foreign Policy, 2006, “Estados Fallidos”, Foreign Policy, edición española, junio, disponible en [http://www.fp-es.org/jun\\_jul\\_2006/story\\_15\\_20.asp](http://www.fp-es.org/jun_jul_2006/story_15_20.asp), consultado el 16 de agosto de 2007.

García, Clara Inés, 1993, *El bajo Cauca Antioqueño. Cómo ver las regiones*, Bogotá, Cinep/Iner.

-----, 1994, “Territorios, regiones y acción colectiva” en Silva, Renan, editor, *Territorios, Regiones y Sociedades*, Universidad del Valle, Cerec.

-----, 2003, “Las Regiones en construcción una Aproximación conceptual”, en *Controversia*, número 181, Cinep, Bogotá, pp.48-53.

González, Fernán y Otero, Silvia, 2006, “La presencia diferenciada del Estado: un desafío a los conceptos de gobernabilidad y gobernanza”, disponible en <http://www.institut-gouvernance.org/fr/analyse/fiche-analyse-237.html>, consultado el 12 de agosto de 2007.

González, Fernán; Bolívar, Ingrid y Vásquez, Teófilo, 2003, *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Bogota, Cinep.

González, J., Jairo, 1992, *El estigma de las repúblicas independientes, 1955-1965. Espacios de exclusión*, Bogotá, Cinep.

-----, 1998, *Espacio y Sociedad. La Amazonia colombiana*, Bogotá, Cinep.

Gutiérrez, Francisco, 2006, “Tendencias del homicidio político en Colombia 1975-2004: una discusión preliminar”, en *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Editorial Norma.

Gutiérrez, Francisco y Barón, Mauricio, 2006, “Estado, control territorial paramilitar y orden político en Colombia. Notas para una economía política de paramilitarismo, 1978-2004”, en *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Editorial Norma.

Gutiérrez, Francisco y Sánchez, Gonzalo, 2006, “Prologo”, en *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Editorial Norma.

Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Sinchi, 2000, *Caquetá. Construcción de un territorio Amazónico en el siglo XX*, Bogotá, Tercer Mundo Editores/Sinchi.

Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 2006, *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Editorial Norma.

Joas, Hans, 2004, “La modernidad de la guerra”, en Beriain, Josetxo, editor, *Modernidad y violencia colectiva*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Kaldor, Mary, 2001, *Las nuevas guerras: violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquest Editores.

Kalulambi, Martín, 2003, “Introducción”, en Kalulambi, Martín, editor, *Perspectivas comparadas de mercados de violencia*, Bogotá, Universidad Nacional/Alfaomega.

-----, 2003, “Guerras africanas, lógicas depredadoras y ‘el negocio de los Kalachnikov’”, en Kalulambi, Martín, editor, *Perspectivas comparadas de mercados de violencia*, Bogotá, Universidad Nacional/Alfaomega.

Kalyvas, Stathis, 2001, “La violencia en medio de la guerra civil. Esbozo de una teoría”, en *Análisis Político*, número 42, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Bogotá.

-----, 2004, “La ontología de la violencia política: acción e identidad en las guerras civiles”, en *Análisis político*, número 52, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Bogotá.

Landry, Tristan, 2003, “Los mercados de violencia en el corredor adriático-caucaso” en Kalulambi, Martín, editor, *Perspectivas comparadas de mercados de violencia*, Bogotá, Universidad Nacional/Alfaomega.

Münkler, Herfried, 2005, *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, España, Siglo XXI Editores.

Patiño, Milena, 2003, *Las viejas guerras de siglo XXI. Economías ilícitas y conflictos internos: Angola, Colombia y Sierra Leona*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana/Concejo de Medellín.

Pécaut, Daniel, 1999, “Estrategias de paz en un contexto de diversidad de actores y factores de violencia”, en Leal, Francisco, editor, *Los laberintos de la guerra: utopías e incertidumbres sobre la paz*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.

-----, 2004, “Conflictos armados, guerras civiles y política: relación entre el conflicto colombiano y otras guerras contemporáneas”, en Castillo, Luis Carlos, editor, *Colombia a comienzos del nuevo milenio*, Cali, Universidad del Valle.

Ramírez, María Clemencia, 2001, *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia/Colciencias.

Ramírez, William, 2005, “Autodefensas y poder local”, en Rángel, Alfredo, editor), *El Poder Paramilitar*, Bogotá, Fundación Seguridad y Democracia/Planeta editores.

Restrepo, Jorge; Spagat, Michael y Vargas, Juan Fernando, 2006, “El conflicto en Colombia: ¿quién hizo qué a quién? Un enfoque cuantitativo (1988-2003)”,

en *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Editorial Norma.

Richani, Nazih, 2003a, *Sistemas de Guerra: la economía del conflicto en Colombia*, Bogotá, Iepri/Editorial Planeta.

-----, 2003b, “Conflictos intrincados: economías políticas de los sistemas de guerra de Líbano y Colombia”, en Kalulambi, Martín, editor, *Perspectivas comparadas de mercados de violencia*, Bogotá, Universidad Nacional/Alfaomega.

Sánchez, Gonzalo, 2003, *Guerras, memoria e historia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

-----, 2004, “Guerra prolongada y negociaciones inciertas en Colombia”, en Sánchez, Gonzalo y Lair, Eric, editores, *Violencias y estrategias colectivas en la Región Andina: Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela*, Bogotá, IFEA/Grupo Editorial Norma.

Vargas, Ricardo, 2003, *Drogas, conflicto armado y desarrollo alternativo una perspectiva desde el sur de Colombia*, Bogotá, Acción Andina.

Vásquez, Teofilo, 2005, “La dinámica del conflicto armado en Bogotá–Cundinamarca, 1995-2003”, en *De las ciudades a las regiones*, Bogotá, Mesa de Planificación Bogotá–Cundinamarca/Centro de Naciones Unidas para el Desarrollo Regional (Uncred).

-----, 2006, “Dinámicas, tendencias y e interacciones de los actores armados en el Magdalena medio, 1990-2001”, en Archila, Mauricio y otros, *Conflictos, poderes e identidades en el Magdalena medio, 1990-2001*, Bogotá, Cinep/Colciencias.